

eL pAdRe De Morfeo

Pablo Bullejos

NOTA: Yo no me arrepiento de ninguno de las cosas que he hecho ni de ninguna de mis obras. Hay cuentos, guiones, incluso cortometrajes, que no veo necesario que el mundo exterior los conozca. No los considero errores ni malos trabajos, sólo son pasos en un camino de aprendizaje, y son mis propios pasos, no los de nadie más. Por eso, algunas de las cosas que he hecho no serán publicadas nunca. Este cuento lo escribí con 17 años, cuando comenzaba todo, cuando era necesario que yo lo contara. Sigo teniéndole un cariño especial, y no sólo porque fue mi primer trabajo premiado, sino porque fue el primero que me hizo pensar seriamente en la profesión de escritor. Han pasado algunos años (no tantos, pero sí algunos), y creo que mi querido Hipnos todavía se merece algún respeto. Así que aquí lo tenéis, para los que quieran leerlo y sean capaces de apreciarlo. Y si alguien no se lo toma en serio, tendrá que besar la rodilla del Dios durante toda la eternidad como castigo. Estáis avisados.

Existe una raza de seres llamados *Soñadores* que sobreviven solitarios en este mundo realista y vacío de contenido. Estos privilegiados son capaces de ver cosas que nadie podría ni siquiera vislumbrar en su país grisáceo. Para ellos, un día cualquiera se convierte en un viaje al infinito. Para ellos, fantasear es sólo un juego de principiantes. La vida NO es sueño, y yo soy un Soñador.

Mi nombre no importa, mis memorias inconclusas y desordenadas sí. Antes de empezar debería hacer una advertencia a aquellos que no comprendan mis ideas.”*Cerrad los párpados y no penséis en bocas que hablan, ni en paredes que se mueven y oprimen vuestros cuerpos, gastados de bailar en un recinto rectangular. Y no los volváis a abrir hasta que la luna venga con sus manos de aluminio y os golpee en vuestro rostro caliente. Entonces, con la cara llena de polvo lunar, entenderéis los misterios de mi alma.*“

Esto es un día. Un día de mi vida, en el que conocí a alguien. No creo que necesitéis más aclaraciones pueriles. Comienza la magia.....

Él vivía en un lugar precioso, desconocido por todos los mapas, que todas las mañanas cambia su dimensión, viajando a través del tiempo y del espacio, y desapareciendo de la vista de las gentes corrientes. Es una pequeña tiendecita, con cristales de rubí, que brillan como el sol poniente cuando la luna abre los ojos. No recuerdo, ni importa, cómo llegué a ese establecimiento de muebles soñadores. Nunca ha sido eso un problema importante para mí. Mi vida corre cual reloj desesperado, nunca se para a pensar porqués ni cuándo. Sin embargo, puedo visualizar en mi mente todos y cada uno de los objetos que había en el pequeño recinto.

Empujé la puerta de plástico negro, sin brillo, y una oleada de brisa azulada me hizo cerrar los ojos y aspirar con fuerza el aire endulzado. Un olor a papeles llenos de bailarinas letras, a antiguas máquinas de coser estropeadas (o quizá erosionadas por el paso del tiempo), a sillas pintadas de blanco.....

En una esquina, dos estatuas griegas, de mármol y esmalte, con movimiento equilibrado, observaban a través de las rojas ventanas con unos prismáticos de comienzos del siglo XX. En sus ojos pintados de violeta, se adivinaba una expresión de búsqueda desesperada.

Miré a la derecha. Miré a la izquierda. Suspiré, y de pronto allí estaba.

Delante de mi cuerpo vestido con ropas bohemias, se hallaba el personaje más increíble que jamás había conocido. En un sillón de libros, un viejecito inmóvil se apoyaba en su bastón de ónice terminado en una pequeñísima escultura con forma de jirafa africana. En la siniestra, un pastel de pomelo esperaba impaciente para ser devorado con ansia glotona. Iba vestido con una túnica romana hecha de cuero marrón, y la sostenía con una elegancia tal que ni el mismo Apolo podría aguantarla de ese modo, en esos momentos en que, con su lira, entonaba yambos a sus sensuales musas.

El pobre viejo sólo tenía sus objetos excéntricos alrededor, pero nunca envidió al apuesto dios de la poesía, pues la vida, como no es usual, le había regalado felicidad, plenitud.

Me ajusté las gafas circulares y observé con atención sus ojos verdes. Llegué a pensar que estaba muerto (o soñando...). No parecía notar que yo lo miraba descaradamente. Me asombró en ese instante, y aún elogio esa capacidad de absorción del alma que poseía este hombre anciano. Sentí una venenosa envidia, aunque supongo que entenderán que no desee admitirlo abiertamente. Aún así, en los momentos solitarios, lo admiro como un aprendiz novel que soy, y como el maestro nato que él es.

Sus ojos estaban fijos en un cuadro pintado con el pie, que simulaba un paisaje de noche cerrada, con un cielo negro como la pez. Ni una sola mota microscópica de polvo se movía. Yo aguantaba la respiración como un joven nadador. Mi piel se erizó y mis músculos empezaban a cansarse de la violenta posición. Sentía unos dolorosos pinchazos en el interior de mis piernas.

Entonces
lo
llamé...

El viejo se levantó abruptamente como una marioneta manejada por un histérico reprimido. El pastel voló formando una espiral de nata por el aire y chocó brutalmente con un libro que se titulaba *Un Mundo Feliz*, dejándolo manchado y chorreando sustancia azucarada. Levantó con fuerza el bastón, e hizo piruetas con él a una velocidad luminosa, casi irreal. Sus movimientos adquirieron una violencia demasiado barroca, llegando a ser pesados para mi cerebro. Sentí por un instante que mi cuerpo iba a desplomarse...

(Y es que el viejo era una persona extravagante, con cierto gusto por cosas fuera del sentido común, adoptando en ocasiones un surrealismo demasiado incoherente. Casi nada era verosímil en él, si no poseía uno dotes fantasiosas, que rayasen lo ilimitado o lo utópico. Ningún ser del planeta podía adivinar las reacciones de este *dios dormilón*. Ni siquiera esa famosa sacerdotisa que se hacía llamar Pitía, aquella de Delfos, sirviente del dios artístico Febo, pudo predecir en ningún momento las intenciones estrambóticas que poseía mi maestro. Y he de admitir, que a pesar del amor que yo le profeso, siempre me ha causado furor tal comportamiento, porque uno ya no sabe a qué atenerse, ni qué pensar cuando él está delante, temiendo que puedan molestarle las ideas propias que uno guarda en su mente.)

Gritaba alocado, danzando, alegre y enfadado a un mismo tiempo. Sus pupilas se movían como si botaran al ritmo de su cuerpo. Estaba yo bastante asustado, y casi iba a comenzar a llorar cuando se paró en seco y me dijo arrogante:

—Soy Hipnos... Bésame la rodilla. ¡Pronto!

Me desmayé; y caí, como la manzana cayó en la cabeza del científico, en el durísimo suelo amarillo.

En algún momento posterior a mi caída, me desperté.

Tenía él puesta una máscara espantosa, hecha de papel de periódico mojado, pero con un tamaño desmesurado, que contrastaba con dureza con su cuerpo enteco. Mi garganta casi se parte en dos, debido al grito de pánico que brotó desde lo más profundo de mi consciencia. Mi corazón casi se me sube a la boca, mientras él reía a carcajadas frenéticas. Siempre bromista. Nunca se cansa de ver hombres engañados por alguna treta graciosa. Tampoco soporto semejante actitud aññada, en una persona adulta y con tanto poder como el que posee él. Eso demuestra una madurez mucho más retardada en muchos casos. Pero sin embargo, es tan inteligente, tan sabio...

Realmente aún no consigo comprender por qué hace esas cosas. Recuerdo que mientras seguía riendo, y yo me tranquilizaba, lo miré, y entonces me infundió el respeto que se merecía una persona tan anciana, y tan conocedora de todo nuestro mundo onírico. Una persona que podía dominar las almas humanas, que leía sus subconscientes todas las noches, acompañado de su hijo de grandes labios, justo antes de acostarse en su suave lecho de libros que se escribían solos y que siempre finalizaban con extrañas ambigüedades. A pesar de sus bromas crueles, de sus inesperadas respuestas y reacciones y de algunas cosas más que prefiero ocultar, este mi señor, amo de los sueños, y padre bondadoso de un

niño que aprende rápidamente a dormir ánimas, mostraba una benevolencia que nadie había jamás logrado obtener. Nunca podía dejar de ilusionar con sus poderes a todas las personas que sufrían en su vida rutinaria. Poseía un esfuerzo divino por llenar de sueños las zonas más recónditas y crueles, donde la agobiante prosa de la vida impedía la aparición de algo poético. Su inagotable deseo de crear un mundo mucho más bello, lleno de hermosura y de magia, en igualdad de condiciones para todos los seres. Su búsqueda inextinguible de la Utopía, la palabra inefable en su reino fantástico. Dentro de este dios, la bondad rebotaba por todos los poros etéreos de su cuerpo de gas. De un gas que envuelve de perfumes exóticos, o de fragancias parisinas, las almas angustiadas de los hombres que buscan una Solución. Un interminable amor rojo y azulado emergía alegremente de sus labios arrugados y marchitos, dibujando siempre una sonrisa bonachona en los momentos más tristes, que eran escasos en su país desconocido. Era el Dios del Sueño..... el padre de Morfeo...

Esa noche, oscura y solitaria, mientras los búhos abrían sus alas para despegar, plagados de añejas reflexiones, yo me quedaba a dormir con él en su cálido hogar imaginario....